

Diálogos

Don Wladimiro Rodríguez Brito, exconsejero de Medio Ambiente y Paisaje del Cabildo de Tenerife, Hijo Adoptivo de Tenerife por "*su trayectoria modélica de compromiso con su tierra y con el pueblo*" durante las dos décadas que pasó en la institución, nació en Barlovento (La Palma) en 1942. En la actualidad está casado y tiene dos hijos.

Es Doctor en Geografía por la Universidad de La Laguna con Premio Extraordinario, compatibilizó sus estudios con las labores agrícolas, dedicado al cultivo del tabaco. A mediados de los años setenta del siglo XX inició su labor como docente e investigador, especializándose en temas agrarios, centrándose en la



agricultura de exportación, sobre la que versó su tesis doctoral. Desde 1995 desempeña la responsabilidad del área de Medio Ambiente de la corporación insular, presidiendo el Patronato de Espacios Naturales Protegidos, órgano asesor formado por representantes del Cabildo de Tenerife, Gobierno de Canarias, Universidad de La Laguna, ayuntamientos de la Isla y colectivos ecologistas. Fundador de la Coordinadora de Agricultores y Ganaderos de Canarias en 1976 y coordinador de un máster de gestión ambiental entre las dos universidades canarias.

Durante su etapa al frente del área de Medio Ambiente insular se desarrolló la plantación de varios millones de árboles en la Isla, fundamentalmente pinos canarios y laurisilva, se adquirieron más de 30 millones de metros cuadrados de suelo para reforestar y se construyeron más de 100 huertos escolares en la Isla. En su labor de investigador ha participado como ponente en diversos congresos, coloquios y simposios de rango internacional, nacional y regional. Con más de cuarenta publicaciones, es autor de seis libros: "*El agua en Canarias y el siglo XXI*", "*Agricultura de exportación en Canarias (1940-1980)*", "*Canarias: agricultura y ecología*", "*Agua y agricultura en Canarias*", "*Geografía de Canarias Tomo VII*" y "*La agricultura en la isla de La Palma*".

Entrevista

Pregunta: Wladimiro, ¡qué trayecto vital tan intenso! ¿Cómo se pasa de ser un agricultor pobre en la pequeña isla de La Palma a doctor universitario?

Respuesta: Con mucho sacrificio. Las cosas antes eran muy diferentes a lo que son ahora. Mi padre emigró a Cuba durante la crisis de 1929; allí se dedicó a tareas agrícolas y se vinculó con movimientos progresistas en el terreno político; al regresar a Canarias, y tras la Guerra Civil, estuvo preso en los almacenes de Fyffes de Santa Cruz de Tenerife. Fue una persona inquieta y crítica. Esa inquietud por mejorar y por ayudar a construir una sociedad diferente y más justa me la transmitió mi padre. También mi madre fue una mujer que nunca cayó en el desasosiego.

No tuve una infancia fácil. Desde muy joven cultivé unos terrenos de secano en la zona de La Oropesa que pertenecían a D. Crispiniano de Paz, el farmacéutico de San Andrés y Sauces. Hice varias cosechas de tabaco y algodón. Salía de la escuela y bajaba a la finca a cultivar. Tenía alrededor de 15 años y ahí se hizo visible mi afición muy pegada al campo.

Estuve en la escuela del casco y luego me fui a la escuela de la Cuesta, también en Barlovento. Mientras seguía cultivando. En una de las cosechas, con la ayuda de mi madre, mis hermana y mi hermano recogí 80 quintales de tabaco, probablemente la mayor cosecha de tabaco en esa época en La Palma. Al hacer cuentas y echar números, descontando todos los gastos, me quedé con los servido y me di cuenta que por ahí no podía seguir.

Me fui a estudiar al instituto de Santa Cruz de La Palma, (...) que en aquél entonces dirigía D. Jorge Coder. Este señor me animó a matricularme en el bachillerato nocturno y a presentarme de 1º, 2º y 3º de bachillerato en verano. Los aprobé. Mientras, seguía cultivando tabaco. Cursé 4º y 5º. Cursé los estudios de magisterio en una academia de Santa Cruz de La Palma que preparaba para examinarse libre, donde impartía clases un intelectual que me impactó mucho, D. Juan Fierro. Al terminar, hice sustituciones de maestros en varias escuelas públicas. Y así, hasta llegar a profesor universitario.

P: Me parece una historia asombrosa de superación y constancia. Has hecho varias referencias al paisaje agrario de tu juventud; ¿ese paisaje ha cambiado mucho hoy?

R: Tuve la suerte y la desgracia de que me crie en un pueblo que apenas tenía agua para beber y menos para regar de la medianía a la costa. Toda esa zona de Barlovento era de secano. Regábamos con agua cargada al hombro en latas recogida en los charcos del barranco. Era de miseria. Como no teníamos un mulo, todo lo hacíamos al hombro. Cuando comenzaron a llegar las subvenciones del IRIDA, mi madre solicitó esas ayudas y con ellas comenzamos a sorribar. Se abrieron los primeros pozos y galerías y llegó el agua; el paisaje agrario se transformó por completo. En mi caso, los primeros huertos sorribados los planté de aguacates y más tarde de plátanos. Mi madre siempre estuvo conmigo en todas estas decisiones. La agricultura de regadío no solo transformó el paisaje, sino que la economía familiar cambió positivamente.

Participé en la construcción de varios canales de agua. Fue un acontecimiento dejar atrás la experiencia de la miseria del secano. Mientras, seguía trabajando y regaba mis cosechas por la noche alumbrándome con un candil de petróleo. Con el agua, la costa de Barlovento cambió por completo pasando de ser un terreno de secano a un paisaje dominado por las fincas de plátanos. De tal forma que este recorrido entre el mundo rural y el mundo urbano de consumo conforma mi vida: desde mi padre y mi madre, pasando por D. Crispiniano de Paz, D. Jorge Coder o D. Juan Fierro.

P: Tengo la impresión muchas veces de que se habla del campo y el paisaje natural desde el desconocimiento.

R: En esta revista tuya donde se tratan temas de pedagogía y educación quiero señalar que ese es un problema serio. Del campo habla la gente que no cultiva ni creen en la agricultura y la ganadería, pero si quieren que lo que produce el campo sea barato. Hablan del campo y deciden sobre las cosas del campo gente que no cultiva. Desde muy joven intuí que se maltrataba al agricultor. No se valoraba ni se valora su papel en lo económico; hoy, además, existe un maltrato cultural. El modelo social que hemos construido crea una contradicción. Hay una

cultura urbana, consumista que abandona el campo y lo mira con desdén. No se dignifica a quien trabaja la tierra, sino se le infravalora.

P: ¿Esa cultura urbana ha llegado a los pueblos y a las islas menores?

R: Si, en Canarias, la gente abandona su lugar de origen para instalarse en las zonas urbanas de las isla mayores. Aquí también podemos hablar de una Canarias vaciada; pueblos de nuestras islas que tuvieron cuatro o cinco mil habitantes hace 40 o 50 años tienen hoy una población casi residual. Y quién se queda se enfrenta a situaciones o trabas de todo tipo. Por ejemplo, un agricultor o ganadero no sabe a qué atenerse: si azufra la viña, enseguida interviene Medioambiente solicitando los permisos correspondientes; si le pones un arigón a un buey o a una vaca, puedes caer en maltrato animal según la nueva ley; si necesitas tener un perro o un gato, te exigen pasar por un curso. Estas trabas desalientan a quienes quieran dedicarse al campo. No se están reconociendo y valorando los usos tradicionales de las labores agrícolas o ganaderas en favor de una sobreprotección del territorio y del bienestar animal, que hay que cuidar, por supuesto, pero sin contradecirse con las actividades tradicionales.

P: Wladimiro, si echamos un vistazo al Informe Pisa y vemos las cifras de fracaso escolar en Canarias; si vemos los niveles de paro y desempleo en las islas, y analizamos la oferta formativa de ciclos formativos relacionados con la agricultura y la ganadería, ¿no crees que existe una desconexión entre el mundo laboral y la educación?

R: Estamos en un mundo complejo, habitado por ocho mil millones de personas. No podemos pretender que todos los habitantes tengan el nivel de vida y consumo que se ha tenido en Europa, Estados Unidos o Japón los últimos 50 años. Ese modelo no es exportable, solo sirvió para una sociedad de 400 millones de personas que basaba su desarrollo en la explotación de los recursos de los países del tercer mundo. La escuela está desconectada de la realidad. La universidad también. Las dos instituciones se han acomodado. Las teorías pedagógicas en los niveles de educación básica y bachillerato, y la excesiva teorización y falta de trabajo de campo en la universidad tienen como

consecuencia que la formación profesional no sea un vehículo de conexión con el territorio. Es una contradicción más.

Con esto quiero decir que debemos de plantear un debate que vaya más allá de lo económico; necesitamos un debate cultural que defina cómo mantener a ocho mil millones de personas con un modelo sostenible. Es contradictorio que hablemos de huella de carbono, sostenibilidad o km 0 y luego importemos las papas para consumo de Israel mientras el campo de La Vega Lagunera está sin labrar en un año lluvioso como este. No es de recibo que una isla como Tenerife tenga novecientos mil coches y el campo completamente abandonado. Este modelo es inviable aquí y en el resto del mundo.

P: Para ir terminando, ¿esa reflexión de la que hablamos antes, hacia donde nos tiene que conducir?

R: Debemos superar la contradicción de la cultura urbanita que mira con desdén al campo. Necesitamos agricultores y ganaderos pero también necesitamos un cambio cultural que valore esas actividades. Debemos saber lo que comemos. En Canarias, con dos millones de residentes, cultivamos menos de 40 mil hectáreas, es decir 200 metros de tierra por habitantes y eso es muy poco. Casi todo lo que consumimos, lo importamos. La poca tierra que va quedando, se abandona, y lo que es peor, con este abandono está desapareciendo una cultura empírica de enorme valor como el cultivo de la viña en las coladas del volcán de San Antonio en Fuencaliente, La Palma, o la cultura agrícola de Lanzarote basada en el aprovechamiento de la lluvia del desierto.

Por lo tanto, la reflexión que debemos hacer debe encaminarse a dar valor a los productos locales, a nuestras costumbres y usos agrícolas sostenibles y a la recuperación del campo que ayude a superar las tasas de desempleo y mejore la calidad de lo que comemos. Debemos recuperar esa conciencia más pegada al terruño y abandonar esa mentalidad consumista.